

V

Tiro al blanco.

Horas después de la escena del balcón, Félix Cambier y Raul Tonayrion se encontraron bruscamente cara á cara en el recodo de uno de los paseos del parque. Este encuentro, imprevisto por una de las partes, era premeditado por la otra. El alumno de Saint-Cyr había buscado la umbría de las hayas y de los castaños con el solo objeto de pasear por ella sus amorosos ensueños; pero las intenciones del guapo Tonayrion eran menos idílicas y menos tiernas. Al ver á su joven rival penetrar melancólicamente bajo la arboleda, le siguió con andares semejantes á los del lobo que divisa un cordero separado del rebaño y que se dice: «Ahí va mi presa».

A la vista del hombre que aborrecía, Félix no pudo reprimir un movimiento de impaciencia y apresuró el paso para evitar el molesto encuentro. En vez de imitarle, Tonayrion se plantó en medio del paseo en actitud arrogante.

—Me alegro de encontrarle—dijo con altanera

entonación;—tengo que decir á usted dos palabras.

Sorprendido por esta interpelación y más aún por la entonación con que se le hacía, Félix se detuvo.

—Usted dirá—respondió friamente;—¿qué me quiere usted?

—Dar á usted un consejo—continuó Raul, mirando al joven de pies á cabeza.—Esa rosa que lleva usted en el ojal está marchita; haría usted bien en tirarla.

Félix examinó la flor que adornaba su americana y, fijando en su rival una mirada resuelta, le dijo:

—Está usted equivocado; esta rosa está fresca y perfumada y, con su permiso ó sin él, me propongo conservarla.

—Está marchita, le repito á usted; y voy á demostrárselo.

Al pronunciar estas palabras, Raul aplicó un capirotazo á la flor, cuyos pétalos fueron á desparramarse sobre la arena del paseo.

Ante el inesperado agravio, el alumno de Saint-Cyr palideció y enmudeció á un tiempo mismo, en tanto que un temblor visible estremecía todo

su cuerpo. El provocador le miró con fijeza, como para dar tiempo á que hablara; después sonrió burlonamente y giró sobre sus talones.

—Caballero—dijo entonces Félix, saliendo de su estupor;—me respeto demasiado para abofetear á usted; pero téngalo usted por hecho.

—¡Diantre!—exclamó Tonayrion, con entonación despreciativa.—Si no habla usted de prisa, en cambio habla bien. No ha crecido usted lo bastante para abofetear de veras á los hombres; pero demuestra usted ingenio para hacerlo verbalmente.

—Si no soy lo bastante alto para poner á usted la mano en la cara, tengo por lo menos estatura suficiente para introducirle en el vientre seis pulgadas de acero.

El guapo Raul examinó, no sin cierta sorpresa, á su adversario, cuyos ojos relampagueaban.

—¿De modo, caballero, que usted me provoca?—le preguntó, adoptando una entonación que, por lo serio, contrastaba con la desdeñosa ligereza que hasta entonces había empleado.

—Yo no provoqué á usted—respondió Cambier,—no hago más que contestar á un insulto tan estúpido como brutal.

—Pero, en fin, ¿es que quiere usted llevarme al terreno del honor?

—Ciertamente, y lo antes posible.

—En ese caso, me corresponde la elección de armas; y advierto á usted que me bato á pistola.

—Vaya por la pistola—dijo Félix.

Convinieron los dos adversarios en encontrarse en París el jueves inmediato, con objeto de tomarse tiempo para justificar su marcha, cuya rapidez hubiera podido despertar las sospechas de su huésped, y se separaron acto continuo con mutua gravedad.

Félix, que andaba más despacio que Tonayrion, al verle ya lejos, volvió sobre sus pasos bruscamente; y con el minucioso esmero que comprenderán los corazones enamorados, se dedicó á recoger las hojas de rosa diseminadas por el paseo. Esta amorosa ocupación se vió interrumpida por Servian, quien, desde lejos y sin ser notado, presencié la escena que queda relatada.

—¿Qué altercado acabas de tener con el señor Tonayrion?—preguntó el tío.

—¿Altercado?; ninguno—contestó Félix, esforzándose por demostrar tranquilidad;—nos hemos

encontrado por casualidad y hemos cruzado dos ó tres palabras corteses; nada más.

—Vamos, y, sin duda por cortesía, te ha arrancado la rosa cuyas hojas estás recogiendo—replicó Servian con entonación incisiva.

—¡Ha sido usted testigo del ultraje—exclamó Cambier dramáticamente;—pues bien, también lo será usted de mi venganza! Comprenderá usted, tío mío, que ahora no se trata de sermonearme como á un niño. Soy ya un hombre, pertenezco á Saint-Cyr, pertenezco al ejército; tengo una espada, en fin, y cuando se me insulta debo utilizarla. Así, pues, se lo suplico á usted; no me dé consejos, no me reprenda; es preciso que me bata y me batiré.

—No seré yo quien te lo impida, siempre que el agravio sea serio y que no exista alguna sinrazón de tu parte. Todo lo he visto; pero no he oído nada; refiéreme, pues, lo sucedido.

Félix refirió palabra por palabra el tempestuoso coloquio que acababa de celebrar con el señor Tonayrion. Servian escuchó este relato sin abandonar su calma acostumbrada.

—Hay, en efecto, motivo para el duelo—dijo, cuando su sobrino acabó de hablar;—soy de tu

opinión, á menos que el señor Tonayrion te presente excusas satisfactorias...

—De rodillas había de ponerse—interrumpió Félix—y nos batiríamos; el duelo es necesario.

—¿Necesario, si te ofreciera una reparación proporcionada al agravio? En tal caso no quedaría motivo para querrela alguna; y en semejante situación, ¿cómo iba á ser necesario llevar adelante el asunto?

—Sí, tío, es necesario—repuso el joven con voz conmovida.—Escúcheme usted: es usted el jefe de nuestra familia; para mí ha sustituido usted á mi padre y puedo hacerle una confianza que me cubriría de vergüenza si otro que usted hubiera de oirla. Desde la noche pasada me persigue una idea horrible. En vano trato de desecharla; apenas lo consigo durante cinco minutos, vuelve más cruel y más encarnizada que nunca.

—¿Qué idea es esa?

Félix miró á su tío cara á cara.

—¿Si yo fuera cobarde?...—le dijo angustiado.

—¡Cobarde!—exclamó Servian, mirando á su vez al futuro oficial;—¡tú, cobarde! ¿Qué locura es esa?

—Quisiera Dios que fuera, en efecto, una locura—contestó Félix con expresión sombría;—de otra suerte, no me quedaría más recurso que morir. Pero en vano trato de engañarme. Si lo que esta noche he experimentado no ha sido miedo, ¿qué es?

—Uno de esos accesos nerviosos de que los hombres dotados de imaginación están menos exentos que los demás. Por lo demás, el valor de media noche es el más raro de todos. Napoleón lo ha dicho.

—En este momento no son las doce de la noche.

—¡En este momento!

—Va usted á despreciarme; pero quiero decirselo todo—repuso el joven con dolorosa efusión;—hace un instante, cuando ese insolente me ha puesto la mano encima, porque esta rosa soy yo, mi primer sentimiento no ha sido ni la cólera, ni la indignación, ni la necesidad de vengarme, sino una especie de estúpido enervamiento; en lugar de inflamarse en mis venas, mi sangre se ha helado en ellas, la voz me ha faltado y mi corazón ha palpitado desordenadamente. ¡Acceso nervioso, dirá usted todavía! ¡No! ¡Emoción,

inquietud, cobardía! ¡Sí, cobardía! Esta debilidad ha sido breve, sin duda, y no tuvo él tiempo para observarla; pero, aunque no hubiera durado más que un segundo, ¿no es larga, mil veces demasiado larga para mi honor? Vea usted por qué, aunque me costara la vida, quiero colocarme frente á un peligro real, que me dé á conocer de una vez si soy un hombre ó un miserable. ¿Cómo quiere usted que viva en esta espantosa pesadilla, que me hace dudar de mi valor? ¿Cómo quiere usted que coloque una charretera en mi uniforme y una espada al cinto, sin saber si soy digno de llevarlas? Se lo repito á usted, tío: es necesario que me bata; si no es con el señor Tonayrion, será con otro cualquiera. Sí; aunque haya de abofetear al primer granadero con quien me tropiece en la calle, se lo juro, no entraré en Saint-Cyr sin haber tenido un duelo. ¡Hijo de soldado y soldado yo también, necesito del bautismo de fuego!

—Seré tu padrino en ese, como lo he sido en el otro—dijo Servian, examinando con secreta complacencia la determinación impresa en los ojos de su sobrino.—Pero cálmate; tu miedo á tener miedo es quimérico y, si es necesario, te

garantizo que te portarás como un Cid. Fía, pues, en mí; me encargo de arreglar este asunto.

Félix prometió á su tío dejarse dirigir por él y ambos se separaron para regresar á la casa por caminos diferentes.

—Sobre todo—dijo Servian, á modo de última recomendación;—ni una palabra al señor Tonayrion que le dé á entender que estoy al tanto de vuestro altercado.

El resto del día transcurrió sin incidente digno de mención. A la mañana siguiente, la señora Caussade, disfrazando con el apelativo de jaqueca el invencible mal humor que de ella se enseñoreaba, se retiró á sus habitaciones después del almuerzo.

Servian vió con gusto tal ausencia momentánea, que le dejaba libre el campo. El también tenía que realizar una prueba, á la que dió comienzo sin demora.

—Coronel—dijo al señor Herbelin, que acababa de proponer á sus huéspedes un partido de billar;—usted puede prescindir de mí y, con su permiso, voy á distraerme un rato en el tiro. Al pasar por Lieja he comprado unas pistolas que me agradaría probar.

—Vamos con usted—contestó el coronel;—jugaremos al billar después de comer.

El dueño de la casa condujo á sus acompañantes á un pequeño patio situado detrás de las cuadras. En uno de los muros se hallaba fija una placa de hierro pintada de negro, en cuyo centro se veía una figurilla blanca clavada en un vástago de latón. El coronel cargó por sí mismo las pistolas de Servian y, colocándose á unos treinta pasos del blanco, hizo el primer disparo. Una abolladora en la placa, seis pulgadas por encima del muñequillo, fué su resultado.

—Pistolas de pacotilla, amigo—dijo, examinando desdeñosamente el arma que había defraudado su esperanza.

—¿Está usted seguro, coronel, de que el defecto es del fabricante y no del tirador?—preguntó Tonayrion chanceramente.

—Véalo usted por sí mismo—contestó el señor Herbelin, sonriendo ante la expectativa del fracaso de su huésped.

El guapo Raul armó la segunda pistola, dejando caer sobre Félix una mirada lúgubrementeprofética. Se perfiló acto seguido, con la cabeza erguida y la mano izquierda apoyada en la cade-

ra; dejó caer negligentemente el antebrazo y oprimió el gatillo, sin aparentar casi haber hecho puntería. Salió la bala y el muñequillo voló hecho pedazos.

—Para ser de Lieja, son pasaderas estas pistolas—dijo entonces, volviéndose hacia los espectadores, como para gozar de su asombro.

Servian esperaba aquella muestra de destreza y así no dió muestra alguna de sorpresa, limitándose á mirar á Félix.

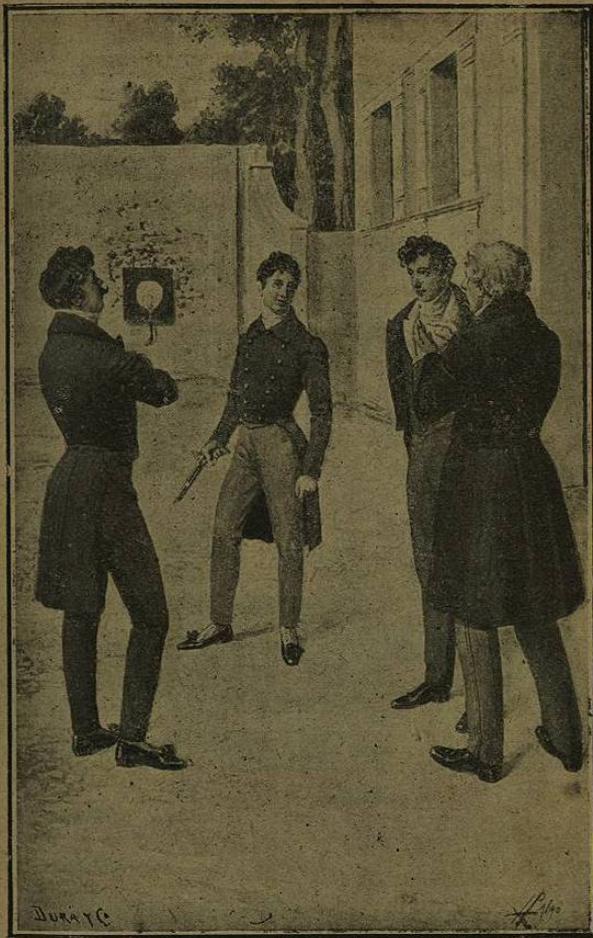
Sintiéndose observado á la vez por su tío y por su adversario, el alumno de Saint-Cyr mantúvose firme ante la emoción que le había producido aquel disparo de funesto agüero y logró conservar un aspecto despreocupado.

—Ahora me toca á mí—dijo, cogiendo la pistola, que el coronel había vuelto á cargar.

—Espera á que se coloque otra figurilla—le dijo Servian.

—¿Para qué? ¿No queda un pedazo de la que había?—respondió Félix con suficiencia.

El futuro oficial apuntó con todo esmero y un momento después el trozo del muñequillo fué á reunirse con los demás pedazos que yacían amontonados delante de la placa.



—¡Bravo! ¡Mil bombas!

—¡Bravo! ¡Mil bombas!—exclamó el coronel, un tanto picado al ver que mostraba menos destreza que sus huéspedes.—¡Buen disparo! Pero apuesto á que no lo repite usted una vez de cada diez.

—Perderá usted, coronel—contestó Cambier sonriendo;—haré otro tanto, si usted quiere, de cada dos veces, una.

Uniendo la acción á la palabra, el joven empuñó otra pistola y miró la nueva figurilla que acababa de colocar en el blanco un criado.

—Apunto á la cabeza—dijo con resolución.

Dócil á la intención del tirador, la bala aplastó contra la placa la cabeza de la figura, que, aparte la decapitación, se conservó incólume.

En aquel momento, en vez de observar á su sobrino, cuya intencionada conducta hacía inútil toda inquietud, Servian interrogó con una penetrante ojeada la fisonomía de Tonayrion, quien trataba de sonreír.

—Usted ahora—dijo galantemente, ofreciéndole una pistola.—Yo tiro muy mal; el coronel me parece que está un poco enmohecido y creo que nadie, excepto usted, puede disputar la victoria á este aprendiz de subteniente.

El guapo Raul empuñó con alguna cortedad el arma que le presentaba el tío de Félix. En aquella ocasión, lejos de aparentar el abandono de un maestro, esmeróse en apuntar con escrupulosa atención; pero su mano, presa de un estremecimiento desacostumbrado, desmintió la destreza que demostrara momentos antes. Al ver la estrella grisácea que apareció súbitamente en la superficie de la placa de hierro, por lo menos á dos pies de distancia del muñequito, Servian y Félix cambiaron una expresiva mirada.

—¿Y qué, Tonayrion?—dijo el coronel, ganso de tomar el desquite;—¿siguen pareciéndole á usted tan buenas las pistolas como antes?

—Sí, ciertamente—contestó Raul, fingiendo expresión desenvuelta;—pero en este momento erraría á un buey á cinco pasos. Cada vez que tiro á las armas se me fija en el brazo derecho un estremecimiento nervioso que no me permite tener la mano inmóvil.

—¿Y dónde diantre ha podido usted hoy tirar á las armas?—preguntó el señor Herbelin.

—En mi cuarto—replicó Tonayrion;—todas las mañanas tiro contra la pared durante una ó dos horas.

—Tiene usted una excelente costumbre—dijo el coronel calurosamente;—aparte de que ese es un ejercicio conveniente para la salud, se puede tener un duelo y conviene tener la mano ejercitada. Se descuida mucho en la educación de los jóvenes de hoy día el cultivo de la esgrima. Se les atiborra el cerebro de griego y de latín, de historia y de matemáticas, y apenas si se les enseña á tener un florete en la mano y á caer en guardia. Si yo tuviera un hijo, otra sería la educación que le diera. Poco me importaría que llegara ó no á ser doctor, con tal de que un buen maestro de armas hiciera de él un alumno aprovechado.

Servian colocó un dedo sobre su boca y señaló con una mirada de reojo á su sobrino, que acababa de romper la tercera figurilla.

—Coronel—dijo bajando la voz, de modo que no pudiera ser oído más que de su interlocutor y de Tonayrion;—sin duda alguna tiene usted razón cuando moteja á la educación actual de harto sabia y de insuficientemente varonil; pero yo le ruego que no hable de eso delante de Félix.

—¿Y por qué?—preguntó el señor Herbelin.
—Porque está ya harto predispuerto á deser-

tar de la sala de estudios para frecuentar más la de armas. Que no llegue á ser doctor, pase; pero tampoco quisiera que se convirtiera en un espadachín. Ya ve usted cual es su destreza en el tiro; pues con el florete en la mano es más diestro todavía. A la edad que tiene, lleva ya seis años de sala; y su maestro, que es autoridad en la materia, me ha dicho que le consideraba como uno de sus discípulos más aventajados. Usted comprenderá que, en mi calidad de tío y de tutor, no me entusiasmen cosa mayor éxitos de esta naturaleza.

—Pues, ¿qué ve usted de censurable en ellos?—preguntó el coronel con sorpresa.

—Félix tiene mala cabeza—repuso Servian, con apariencias de preocupación;—es irritable, impetuoso, á nada tiene miedo. ¿Recuerda usted cuántas inquietudes causó su padre á mi familia? Pues bien, me temo que Félix siga sus huellas y se convierta en un matón.

—¡Bahl! Déjele usted que lo sea!—dijo el señor Herbelin;—un oficial no es un seminarista. Puesto que la carrera que emprende le expone á batirse, tanto mejor es que se encuentre en disposición de defenderse. Tiempos atrás teníamos

en la milicia *tanteadores*, cuya misión era probar á los novatos; si todavía existen, al llegar á su regimiento Félix pasará por sus manos, y...

—Entonces—interrumpió Servian,—tanto peor para los *tanteadores*, porque no los tratará con más miramientos que á esas figurillas.

—Y la verdad es que tira bien—dijo el coronel mirando á Félix, quien durante este lapso de tiempo había destrozado otros dos ó tres muñequitos de yeso.

Tonayrion había escuchado este diálogo sin tomar parte en él, ocultando bajo aparente indiferencia la impresión que debía producirle. No mostró empeño alguno en disputar el premio de tiro al blanco á su adversario y éste no tardó en dar fin á su ejercicio, al cual la ausencia de competidores privaba de su atractivo principal.

—Estoy satisfecho de ti—dijo Servian á su sobrino, llamándole aparte cuando regresaban á la casa;—no te calumnies más. No sólo tienes valor, sino, lo que es menos frecuente, sangre fría.

—¿De veras, tío? ¿No se burla usted de mí?—contestó Félix, sin tratar de disimular el placer que le causaba semejante apreciación.

—Te observaba cuando él disparó; tu continente ha sido perfecto.

—Y sin embargo, cuando he visto la figurilla hecha pedazos, el maldito escalofrío de ayer ha estado á punto de atacarme.

—¡Qué importa! El verdadero valor, el valor inteligente, no consiste en no experimentar emoción, sino en triunfar de ella, y eso es lo que tú has hecho.

—¿No ha observado usted que el señor Tonayrion está pensativo? ¿Será que mi modo de tirar al blanco le habrá sugerido alguna reflexión?

—Puede ser—respondió Servian;—eso es lo que sabremos muy pronto.

VI

El león amordazado.

El guapo Raul habitualmente se reservaba en la conversación parte principalísima. Durante el resto del día permaneció, contra su costumbre, silencioso, meditabundo y distraído; apenas contestaba con monosílabos á las palabras que se le dirigían. Con el entrecejo fruncido, hosca la